

JUVENTUD

COMEDIA DRAMÁTICA

en tres actos, en prosa, original

PERSONAJES

INÉS DE MONTEMOR, veintiocho años.

SOCORRO, diez y nueve.

MISIA FIDELA, sesenta y ocho.

DOÑA TRASPASO, sesenta.

DALINDA, cuarenta.

BERNARDO SÁLVORA, veinticuatro.

JACOBO DE MONTEMOR, treinta y cuatro.

DON CARMELO, sesenta y cinco.

EL CATEDRÁTICO DE DERECHO, cincuenta.

SARMIENTO, veintitres

OCRATO.

CARBALLO.

PORTILLO.

PAREDES.

MOSQUERA.

UN CRIADO.

} Estudiantes.

La acción en nuestros días, en un ambiente provinciano

ACTO PRIMERO

La escena representa un jardín-patio, en una casa modesta. Por el fondo lo rodea una tapia, y la tapia tiene una puerta practicable, que cae á una callejuela; más allá de esta callejuela, se ven en perspectiva las torres de una Catedral. A la izquierda, la casa, con un emparrado y un banco; á la derecha, la tapia de otro jardín, del cual se ve una pequeña parte, poblada de árboles frondosos. En la tapia que separa los dos jardines hay una puerta no muy grande, también practicable. La casa, á la izquierda, tiene puerta practicable igualmente. En la pared de la tapia del fondo, á la derecha, un pilón lavadero. Cuerdas extendidas.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparece MISIA FIDELA vestida de hábito del Carmen, con correa y escudo, sentada en el banco de piedra, debajo del emparrado, haciendo labor, y SOCORRO, recogiendo de las cuerdas tendidas junto al lavadero y doblando y colocando en un cesto ropa, paños y mantelillos de altar. Un momento después de alzado el telón se oye girar la llave de la puerta de la derecha, que comunica los dos jardines, y entra DON CARMELO, que encaja la puerta, sin volver á echar la llave ni recogerla. El traje de don Carmelo tiene algo de eclesiástico, pero ni usa tonsura ni lleva hábitos.

D. CAR. Santas y buenas tardes nos dé Dios... ¿No ha vuelto Bernardo?

MISIA FID. Santas y buenas... No, señor; no ha vuelto... La Virgen nos ampare.

- Soc. No se apure, señora. No tarda. Don Carmelo, ¿un pocillo de chocolate?
- D. CAR. Gran idea.. Venga... ¡Digo, no, no lo haga! ¿En qué estoy pensando? Si acabo de tomarlo ahí, en casa de doña Inés.
- Soc. ¿No se recordaba ya?
- D. CAR. Hija, ¡qué quieres! A veces se le va uno el santo al cielo.
- MISIA FID. Lo que es el santo de usted no se mueve de allí. ¿Y qué tal? ¿Es cierto que doña Inés ha amueblado su casa con un lujo asiático?
- D. CAR. (Recapacitando.) La casa... Espérese... ¡Ya lo creo, magnífica! Un piano tiene y un expresivo que trajo de Alemania...
- MISIA FID. ¿Y no hay más muebles que el piano? Usted... sólo la música.
- Soc. ¿Es cierto que hasta á los tientos de flores les ha puesto corbatines de seda riquísima?
- D. CAR. No te sabré explicar por menudo tanta majencia; pero no cabe duda que de allí á la gloria. Se pierde el gusto.
- MISIA FID. ¡Qué vueltas da el mundo! ¡Señor! Aun no hace seis años faltaba ahí para arimar el puchero á la lumbre, como quien dice... Más pobres que las arañas vivían doña Inés y su hermano don Jacobo, y hasta se corría que doña Inés trabajaba para fuera.
- Soc. ¿De veras? Cuente, cuente.
- D. CAR. Serían invenciones.
- MISIA FID. Don Carmelo, con usted no se puede... Es usted como los profetas bobos, Dios me perdona, del pórtico de la Catedral. Usted por ese tiempo era organista en Túy... ¿Qué sabe de lo que por aquí ocurría? ¿Invenciones? Si pasaban miseria. El señor de Montemor, que era algo maniático, malbarató sus rentas en pleitos y negocios (así me lo contaba el señor Deán, que de Dios goce), y á los hijos les quedó esa casa hipotecada, con gran escudo sobre la puerta y mucha hambre dentro. Vino de Cuba el millonario, pa-

- riente lejano de la familia de Montemor, y le dió por casar con doña Inesita, porque la vió que vivía tan retirada, y se fueron á viajar, y levantaron las hipotecas, y de allí á poco murió el rico y quedaron para la esposa sus millones.
- D. CAR. Ni sería tanta la necesidad ni el dinero. Envidias de la gente.
- Soc. Diga, don Carmelo: ¿y por qué vuelven tan ricos los que fueron á América?
- D. CAR. Chiquilla: no sé qué te conteste... Trabajarán allá más que aquí.
- Soc. ¿Y era joven el marido de doña Inés? ¿Tenía buen tipo?
- MISIA FID. ¡Simple! Los que vuelven tan poderosos nunca tienen buen tipo ni son jóvenes.
- Soc. Y si era viejo, ¿por qué casó?
- MISIA FID. ¡Dale con preguntas! Prefiero un Catecismo, que trae las respuestas.
- Soc. (A don Carmelo.) Y á usted, ¿para qué le llama doña Inés? ¿Para aprender á cantar?
- D. CAR. ¿Para qué había de ser? Yo para otra cosa no sirvo.
- Soc. Doña Inés cantará muy bien. ¡Es tan guapa!
- MISIA FID. ¡Qué discurso! Puede ser una hermosura y cantar como un grillo.
- D. CAR. Estamos empezando. Tiene bonita voz.
- Soc. Pagará buenos cuartos.
- D. CAR. No lo sé. Me dará lo que guste. Dios me hizo pobre, pero interesado no. De balde pondría yo lección á doña Inés, porque es muy franca y me trata con llaneza. «No se moleste, don Carmelo.. Salga usted por la puerta del jardín, don Carmelo, que llega usted más pronto, don Carmelito...»
- Soc. ¿Fué ella quien le dijo que pasase por la puerta del jardín?
- D. CAR. (Distraído.) ¿Por qué puerta?.. Ah, sí. Ella fué.
- MISIA FID. No haga caso de ésta, don Carmelo... ¡Para cuentos estoy! ¡Ese Bernardo acaba conmigo!

- D. CAR. Ya decía yo que por algo había venido.. Era á darle á Bernardo el primer abrazo cuando se presente licenciado... ¿en qué?
- MISIA FID. En Derecho debiera ser... Pero no será en nada. ¡Qué calamidad de muchacho!
- Soc. ¿Calamidad Bernardo?
- D. CAR. ¿Un talentazo así?
- MISIA FID. Déjeme de talentazos. Más vale un entendimiento como el de todo el mundo. ¿Era talentazo el señor Deán, que de Dios goce? Pues él vivió á gusto... y él murió en gracia.
- Soc. Señora: ¿qué le pide á Bernardo? Si otro así... Siempre estudiando, vicio ninguno... ¿Aun se queja?
- MISIA FID. ¿Quién te mete á tí, bachillera, en la conversación de tus mayores? Demasiada manualidad te doy, y abusas. A casa con ese cesto, á hacer tu obligación, que el señor Magistral quiere las sobrepellices para mañana... ¡Listo!
- (Socorro recoge la ropa en el cesto y entra en la casa por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II

MISIA FIDELA y DÓN CARMELO

- MISIA FID. No se hace carrera de ella. En todo se mete.
- D. CAR. ¡Si parece un angelito! Como lleva tantos años á su lado de usted, se cree de la familia.
- MISIA FID. Como usted no pelea con ella... Una vez la saqué del Hospicio para que me sirviese, y ciento me ha pesado.
- D. CAR. Pues la quiere á usted mucho.
- MISIA FID. Don Carmelo: me fría usted la sangre con sus inocentadas. No es á mí á quien quiere...
- D. CAR. Pues ¿á quién?
- MISIA FID. Más vale callar.. Lo que yo digo es que los bienaventurados deben estar en los altares,

- y los locos, en ese Asilo que el señor Arzobispo fundó para ellos; y que Bernardo allí acabará, después de que me eche á la sepultura.
- D. CAR. ¡Vaya por Dios! ¿Qué hace Bernardo de malo?
- MISIA FID. No sé si hace malo ó peor, pero todo lo hace al revés que todos. Si él no termina ahora la carrera, perdemos el legado del señor Deán, á quien tantos años serví, que me animó á recoger á Bernardo cuando falleció mi hermana, y que estaba asombrado de la disposición de la criatura... El señor Deán sólo me dejó en propiedad esta casa con los muebles, y la renta en usufructo. Cuando Bernardo se licencie será propiedad también; pero si antes de la mayor edad no se ha licenciado, á los sobrinos del señor Deán pasa lo que tenemos para subsistir.
- D. CAR. No quiero criticar al señor Deán, pero en eso desacertó. El que hace un beneficio, que lo haga completo.
- MISIA FID. Pusó esa cláusula el señor Deán, que no se mamaba el dedo, para obligar al chico á no descuidarse. ¿Cómo iba á suponer que Bernardo?...
- D. CAR. Yo no comprendo.. Un juego deben de ser para él las asignaturas.
- MISIA FID. Si eso es lo que me revuelve el juicio. Yo, ¡pobre de mí! no entiendo de estudios, pero oigo á la gente. Cuando voy á misa á la Catedral, me encuentro amigas, que sirven en casa de los señores catedráticos... Y dicen que se habla mucho de mi sobrino, y que está en pugna con los señores, y que se desdén de aprender con ellos, y que les enmienda la plana, y que le tienen de ojo ya. ¿Qué le parece á usted? ¿Enmendarle la plana á las personas de respeto?
- D. CAR. ¡Eso no estaría bien! Puede que sean chismes.

- MISIA FID. ¿Qué chismes! ¿No vemos que le han suspendido, que le hacen guerra á muerte?
- D. CAR. Me cuesta trabajo creer...
- MISIA FID. A mí, no, porque el que manda, manda; y si un muñeco se pone frente á los que pueden, le darán su merecido. ¿Quién le mete á él...?

ESCENA III

DICHOS; después BERNARDO y ESTUDIANTES; después SOCORRO

(Ruido fuera, de tropel de gente que habla á gritos. El ruido se acerca.)

- D. CAR. Ahí viene el muchacho con sus amigos; le acompañarán para celebrar su triunfo.
- MISIA FID. (Acercándose á la puerta.) ¡Parece que vienen furiosos!... ¡[a Virgen nos ampare!
- (Abre la puerta y entra Bernardo rodeado del grupo numeroso de Estudiantes, que hablan á un tiempo y vociferan con indignación.)
- SAR. Es punto de honra no sufrirlo.
- CAR. La cosa no se queda así.
- OCR. Se trata de un bofetón á todos los escolares.
- PORT. Ya les demostraremos que eso no se hace impunemente.
- PAR. Esta noche no les dejamos un vidrio en las ventanas.
- MOS. Y mañana, pita monstruo al salir de la Universidad.
- SAR. Todo el número del sábado del *Fustazo* dedicado á ponerles verde el pellejo á sus señorías.
- OCR. Sé yo varias historietas edificantes, que saldrán á relucir.
- PORT. Más les valiera no haber nacido.
- PAR. Les sacaremos á la vergüenza pública.
- SAR. (A Bernardo.) Cuenta con tus amigos, con tus compañeros, hasta la muerte.

- OCR. ¡Mueran los ruines! ¡Mueran los enemigos de Bernardo! ¡Viva Bernardo Sálvora, gloria de la Universidad!
- TODOS ¡Mueran! ¡Viva!
- SAR. ¡Viva la fraternidad escolar! ¡Viva Bernardo, nuestro guía, nuestro jefe!
- BER. ¡Ea! Se acabó. La verdad, como un licor fuerte, se me sube á la cabeza, y he de proclamarla... Entendámonos de una vez... No callo más... Ni soy vuestro guía, ni vuestro jefe, ni vuestro compañero, ni casi soy vuestro amigo... ¿Guía? ¿Hacia dónde os he guiado? ¿Cuándo me habéis seguido? ¿En qué nos parecemos? Guía quisiera ser, pero de muchos, de muchos, y para conducirles á alguna parte... Yo guiaría á un pueblo; yo no llevaría rebaños á pacer... ¿Compañero? ¡A ser compañero vuestro estudiaría lo que vosotros, á la manera vuestra: lo impuesto, lo insipido, el texto, la letra!... ¡Yo estudio lo que libremente pide mi cerebro; yo doy á beber á mi espíritu el agua de que tiene sed! Si fuese vuestro compañero, ¡diez carreras habría terminado, como las termináis vosotros, para ejercerlas como las ejercéis! ¿Amigo? ¿Qué lazo de afecto nos une? ¿Qué os he sacrificado? Pródigos de palabras: ¿dónde están las obras? Y no gritéis que mueran mis enemigos: los enemigos no deben morir; tienen sobre los amigos la ventaja de ser auténticos. La enemistad ni se remeda ni se parodia. ¡Viva la enemistad! ¡Vivan mis enemigos eternamente!
- SAR. Chico: tú estás exaltado; no te dominas.
- PAR. Buenos nos pone.
- MOS. De rebaño nos trata.
- PORT. Porraro le teníamos, pero no hasta tal punto.
- OCR. ¡Cuidado que es cosa de matarte ó dejarte! Venimos indignados de una injusticia que cometen contigo, queremos protestar, y nos insultas. ¿A nosotros, después de todo, qué

- nos importa que te hayan jugado esa partida?
- BER. Ya lo veis: no os importa. Entonces, ¿á qué gritos, á qué amenazas, á qué vitore? Si os importase, á pesar mío, lo haríais. Y sólo lo que nos importa debe hacerse.
- MISIA Señores míos, sobrino: ¿podré saber lo que ha pasado, aunque ya, por desdicha, me lo figuro?
- BER. Ha pasado lo que debía pasar. Los profesores contra mí. Yo contra ellos. Como ellos eran los más, suya la victoria aparente; como yo soy más, mía la victoria verdadera.
- MISIA ¡De modo que sin carrera, sin grado! ¡Infeliz de mí! ¡En mis últimos días habré de salir á la calle á pedir limosna! ¡Bernardo: eres desagradecido, tienes mala entraña!
- (Rompe á llorar y se marcha sollozando, metiéndose en la casa por la puerta de la izquierda.)
- SOC. (saliendo del rincón.) ¡Ellos, ellos son los malos, los que te hicieron la picardía; ellos, que debían dejarte su sitio, que no son para calzarte!
- SAR. ¡Olé lo bonito! Tiene razón esta simpática. Les consta tu superioridad, y se han conducido como villanos. No hacemos caso de tus rarezas. Te probaremos que nos importas defendiéndote á pesar tuyo. ¡Viva Bernardo!
- (Dos ó tres responden fríamente al viva.)
- MOS. (Aparte á Carballo.) Conmigo que no cuente.
- CARB. Ni conmigo. Que le defienda su abuelita.
- PORT. (A los dos.) Es un soberbio.
- PAR. (A los tres.) Un fatuo. Quiere remontarse sobre todos. No parece sino que somos sus esclavos. ¡Ya verá!
- MOS. Nos pasaríamos de tontos si fuésemos más papistas que el Papa.
- PORT. Más tarde, yo convenceré á Sarmiento.
- PAR. Sí; ahora digamos amén, y cuando él no esté presente... (Alto.) Vámonos, chicos; aquí nada hacemos ya.

- OCR. (Alto.) Adiós, Bernardo; cree que por mi parte...
- PAR. Y dispensa si te hemos importunado.
- SAR. Yo te repito que conmigo cuentas, aunque no quieras ser ni amigo ni compañero mío. No me puedes impedir que lo sea con la voluntad.
- BER. (Algo conmovido.) A uno solo sería más fácil llamarle amigo y compañero... Pero piénsalo bien. A ser compañeros de algo, lo seríamos de cadena escolar... y mira mi cuello, no tiene esguince de yugo; mira mis manos, no tienen huella de esposas. Sarmiento... no soy compañero sino de Bernardo Sálvora.
- OCR. (A Portillo.) No se puede con él.
- PORT. ¡Genialidades!
- OCR. Las genialidades se perdonan—si acaso—á los genios. El no lo es. Si lo es, que lo demuestre. (A Bernardo.) Quedate en paz, Bernardo. Quizás un día nos llames, nos supliques... porque no hay hombre sin hombre. Y ese día nos encontrarás iguales; á mí, invariable... Y á vosotros también... ¿Verdad, amigos?
- SAR. Que hable por sí... De los desengañados...
- OCR. ¿Quién lo duda? (se van murmurando frases de despedida sosa.)
- PAR. LOS DEMÁS ESTUDIANTES.—Abur... Lo dicho... Buenas tardes... Sentimos... Tranquilízate...

ESCENA IV

BERNARDO, DON CARMELO y SOCORRO

- (Bernardo se sienta preocupado. Socorro va á cerrar la puerta y vuelve junto á Bernardo, cariñosa.)
- SOC. Tú no tendrás razón, pero ellos son malos. Después de tanto ¡viva! ¡viva!, salen murmurando de tí.

- D. CAR. ¡Bernardo! ¡Sttt! ¡Bernardo! Estoy aturdido. No me atrevía ni á chistar. Yo que vine á darte un abrazo de felicitación! ¡Y ahora tiene que ser de pésame!
- BER. No dé usted nunca un pésame. Nadie puede saber si un caso es desgraciado ó feliz. Y como mirándolo bien, las cosas son lo que las hacemos ser nosotros, si usted lo considera pésame... conformes, don Carmelo, gran artista.
- D. CAR. (Entre halagado y confuso) ¡Yo artista! Yo soy un obscuro pobrete, y, además no te entiendo, hijo mío... De veras; hay muchísimas cuestiones en que no te entiendo.
- BER. No me quiera usted entender. ¿Qué falta hace entenderlo todo? Cuando usted toca el órgano en la Catedral la noche de Natividad, en la misa del Gallo; cuando vierte usted el alma en aquellos motetes y villancicos que huelen á flores del campo y suenan á trinos de aves... yo siento mil cosas... ¿pero entender? Mis ojos se humedecen; la respiración se me acorta; un escalofrío recorre mis venas... y no entiendo, no entiendo palabra. Lo más hermoso, don Carmelo, es lo que no se entiende.
- D. CAR. ¡Demonio de muchacho, y cómo se explica! ¿Quién sabe si lo que dice es el Evangelio? En fin... no me engatuses, ¿eh? Tú algo de disparatado has hecho. Doña Fidela lloraba como una perdida. Ya ves tú, cuando doña Fidela...
- BER. ¿Qué hice? (Recapacitando.) No hice sino ser yo mismo; no aceptar lo que los otros establecen con arreglo á su modo de ver.
- D. CAR. Cuando Misia Fidela lloraba...
- BER. Lloraba como los niños, por la merienda.
- D. CAR. Eres un sofista. Lloraba por el almuerzo y la cena también, que tú le cortas. Sin comer no se vive. No sé cómo aconsejarte...; y el caso es que estoy en el deber de darte un

buen consejo. ¿Verdad que estoy en ese deber?

BER. Está usted únicamente en el deber de darme un abrazo.. y retirarse á su casita. Pronto será noche cerrada.

D. CAR. (Abrazándole) Juicio, Bernardo... Sienta esa cabeza... Y si me necesitan aquí para algo... aunque no valgo nada... (Vase.)

ESCENA V

BERNARDO y SOCORRO

- BER. ¿Será cierto que se han ido? (Se vuelve, ve á Socorro y hace un movimiento de impaciencia.) ¿Estabas ahí?
- SOC. Sí... Me pareció que tenías pena.
- BER. ¿De dónde sacas que tengo pena?
- SOC. No sé... Yo la tendría.
- BER. ¡Tú! Yo no.
- SOC. Te han dejado tan solo...
- BER. Estoy conmigo.
- SOC. ¿Y no te indignan esos que primero querían que fueses su jefe y luego renegaban de tí? ¿Renegaban?
- BER. Sí, y decían cosas feísimas.
- SOC. No quiero saberlas. La fuerza se sostiene ignorando lo que dicen de nosotros los demás y escuchando, en cambio, atentamente lo que nos decimos á nosotros mismos.
- BER. Todo cuanto tú hagas estará bien hecho, Bernardo; pero ¿en qué consiste que da disgustos? Misia Fidela se deshace á llorar. Si te arrimas á la puerta, la oyes.
- SOC. Mi tía ve en mí un medio de pasar vejez descansada. A tí, Socorro, te hablo sin reparo, porque tú... no eres nadie.
- BER. No soy nadie.
- SOC. Hablarte á tí es como hablar solo.
- BER. Efectivamente. Bernardo, habla.

- BER. No sé si me entenderás...
 SOC. Tú has dicho que era mejor no entender.
 BER. Cierto... Mira, yo siento el vigor y el arranque del águila; siento que tengo garras y unas alas muy grandes... y mi tía quiere convertirme en ave de corral y echarme en el puchero. ¿Lo apruebas tú? Si me echáis en el puchero, comeréis de mí; yo dejaré de ser y vosotras seréis. ¿Quieres comer de mí? Dilo.
- SOC. (Con ímpetu.) No, más vale que nos muramos de hambre. No hagas caso de nosotras. Misia Fidela es vieja; no vivirá mucho. Yo trabajaré para ella, para tí. ¿Qué importan una vieja y una infeliz hospiciana? Como nosotras, nacen ciento al día.
- BER. Socorrillo, estás diciendo verdaderas sentencias...
- SOC. Yo no sé nada, pero como te creo, sé tanto como tú.
- BER. (Pasándole la mano por el pelo.) ¡La fe es del color de tus pupilas!... No puedo recomendarte que creas en tí misma; esa es la fe de los fuertes... Cree en mí...; es la fe de los menores, creer en los otros.
- SOC. Manda, manda.
- BER. Vete a atender a Misia Fidela. Anímalala, que no lllore. Hasta luego... (Socorro entra en la casa.)

ESCENA VI

BERNARDO; después, en el jardín contiguo, INÉS

(En la escena anterior ha anochecido por completo y sale la luna.)

- BER. (Mirando hacia la tapia que divide los jardines.) Ahora, mi divino pensamiento, dulce y poderoso dominador de mi espíritu, me permiten que sea tuyo... Estuve sólo hasta aho-

- ra; ahora, acompañado. (Se acerca a la tapia) Esta tapia es la imagen de mi destino. Para llegar hasta lo que ansío, tengo que salvar algo muy alto; tengo que volar... ¡Si pudiese pisar ese jardín, tocar esos árboles que le dan sombra! Inés...; es imposible que Inés no me conozca; en la Catedral mi mirada encontró mil veces la suya... y la suya no siempre se desvió... (Se apoya en la puerta.) ¿Sueño? ¿La puerta cede? Siento un deslumbramiento... ¡Es preciso que por dentro la haya abierto alguien!
- INÉS. Hacia un calor fatigoso en casa... Aquí se respira... ¡Qué hermosa noche!
- BER. Ella ha tenido que ser.. ¿Dudo? ¿Dudas, Bernardo? No te conozco. (Empuja rápidamente la puerta y pasa al otro jardín. En el mismo instante salen de la casa, asomando bajo el emparrado, Misia Fidela y Socorro. El gesto es de sorpresa alegrísima en Misia Fidela; en Socorro de una especie de espanto. Va a gritar y la contiene Misia Fidela, que susurra.)
- MISIA
INÉS. Chist!
- BER. (Asustada, al ver a Bernardo.) ¡Bernardo Sálvora! ¿Qué es esto?
- BER. (Se acerca, la toma las manos, la habla al oído.) Esto es lo más natural.. ¡Esto es amor!

FIN DEL ACTO PRIMERO